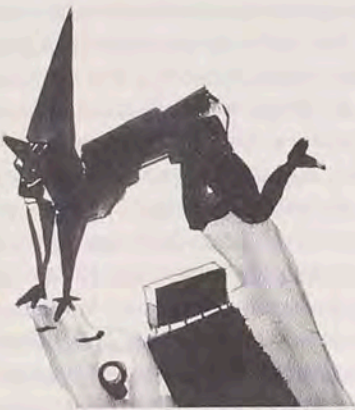


turar oraciones. Nadie se jacta de saber tocar el piano si no sabe hacerlo, a cambiar un enchufe o diseñar una estructura sin formación; nadie decide de un momento a otro construir un cohete; sin embargo, la mayoría de la gente, sin ninguna formación ni cercanía con el oficio, decide que escribir es cosa de todos los días y que el resultado siempre va a ser óptimo. Como todos los oficios, la escritura cuesta, no es sólo talento sino tenacidad, aprendimos a juntar las letras pero no a escribir, y pretender ser novelista con un delirio facilista, ensartando frases, oraciones, recortes, y tratando de que ese revoltijo produzca risa y se acerque a un ejercicio de creación serio es realmente ofensivo.

otros te recordarán como el autor de hermosas baladas traves-tis, Nunca se sabe, Hace un hermoso tiempo de otoño en los trópicos, ni demasiado cálido ni demasiado frío, Ejércitos de minusválidos pululan en los semaforos, Bandadas de armadillos del Brasil y cocodrilos de Angola cruzan el cielo de la ciudad lanzando maldiciones contra los Humanos, Retirarse a la privacidad es un proceso de la más alta significación política



Toda opinión es subjetiva y toda lectura es diferente, también los tiempos y las corrientes hacen sus creaciones. *O sea*, tal vez sea injusto y ésta sea una obra maestra que pasará al primer renglón de la historia de la literatura, pero hay algunos, entre los que me cuento todavía apegados a la

necesidad de una estructura, a un buen cuento, a un personaje creado con talento, a los buenos narradores. Hay quienes creemos todavía que la literatura debe perdurar en el tiempo, que el talento se ve en la primera página y que el resto es tirar árboles en vano.

JIMENA
MONTAÑA CUÉLLAR

Uno excelente para sardinos

Una cama para tres

Yolanda Reyes

(ilustrador: Ivar Da Coll)

Editorial Alfaguara, Bogotá, 2003,
30 págs.

A la mayoría de los niños les dan pesadillas. Y generalmente éstas llegan de noche, disfrazadas de diferentes formas. Unas se aparecen como terribles brujas con narices grandes y lunares peludos; otras, prefieren asustar a los niños vestidas de ogros enormes y terribles. Algunos niños cuentan que sus pesadillas son monstruos que no logran parecerse a nada conocido; otros hablan de dragones, de lobos, de fantasmas.

Quizá por eso mismo la literatura ha echado mano de estos seres imaginarios para construir numerosas historias de espantos, duendes, ogros y aparecidos. Sin embargo, hoy por hoy, podemos hacer una distinción que resulta muy beneficiosa para los niños lectores. Unas son las leyendas y cuentos de tradición oral que incorporan estos seres misteriosos y que no fueron creadas necesariamente para los niños. Son ellos quienes, con el correr del tiempo, se han apropiado de éstas, quizá por ese extraño pero delicioso gusto de asustarse y sentir miedo; sobre todo, cuando estamos frente a relatos que comparten esa frontera entre la realidad y la fantasía. Pero los cuentos de miedo de la tradición oral gene-

ralmente asustan demasiado a los niños y niñas más pequeños. Para ellos han surgido las historias creadas por autores e ilustradores modernos, quienes, no solamente personifican las pesadillas de forma cómica y tierna, sino que encuentran diversas formas de familiarizar al niño con estos sueños convertidos en personajes, los cuales, después de todo, no parecen tan terribles; o buscan soluciones para mitigar el miedo incontrolable del niño que se repite noche tras noche.

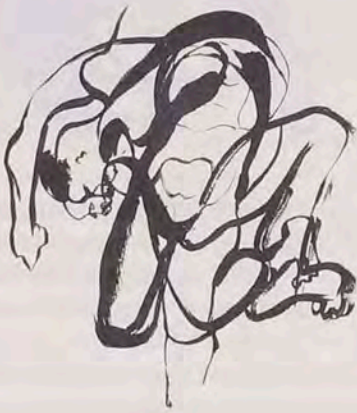


En esta temprana tradición podemos inscribir el libro *Una cama para tres*, cuyo texto es de Yolanda Reyes y cuyas ilustraciones se deben al pincel de Ivar Da Coll.

En *Una cama para tres*, quien tiene miedo de irse a la cama es Andrés. Este niño, a quien, según la ilustración, podríamos calcularle unos tres o cuatro años, hace todo lo posible por retardar el momento de tener que enfrentarse con la noche él solo. Cuando su mamá lo llama desde la ventana, Andrés se demora en entrar; así mismo, se demora para tomarse la sopa, para lavarse los dientes; se enreda en el pantalón y le pide a la mamá que le cuente cuentos, muchos cuentos, hasta el punto de que la mamá se desespera y termina por contarle ovejas.

El miedo de Andrés está justificado debido a que un dragón verde y amarillo con pepitas moradas se asoma a la ventana, luego entra y se sienta a los pies de la cama. Finalmente el dragón logra meterse en los sueños de Andrés hasta despertarlo.

lo. Asustado, se va a la cama de sus padres y les pide dormir entre los dos. Todas las noches es la misma historia. Los padres de Andrés, desesperados, consultan al médico, a la profesora, a todo el mundo; se turnan para acompañar a Andrés, hacen de todo para no permitirle dormir en medio de los dos, pues la señorita Morales lo había pronosticado: si lo dejan una vez, no volverá a salir de allí. Finalmente ceden y Andrés entra a la cama de los papás. Pero, debido a tanto movimiento, quien se va a dormir a la cama de Andrés es su papá. Y aquí es como si la historia comenzara otra vez, pues el dragón termina por meterse en el laberinto de los sueños de papá. El papá asustado se devuelve a su cama, donde terminan durmiendo los tres, y si caben tres en la cama, caben cuatro, —¿por qué no?



Ésta es una historia pensada realmente para los pequeños lectores, tanto en lo que respecta al texto como a las ilustraciones. Con relación a la historia escrita, recrea la rutina diaria de un niño pequeño antes de ir a dormir: los temores propios de su edad: el miedo a dormir solo; la necesidad de sentirse protegido por sus padres cada vez que aparece la pesadilla; el deseo de dormir entre los dos, que es, sin lugar a dudas, la mejor manera de resguardarse y espantar cualquier temor. De igual manera, debe de resultar muy divertido y tranquilizador para un niño pequeño, lector y escucha de este libro, saber que a un papá, y en este caso al papá de Andrés, también le dan pesadillas y el dragón se le

mete en los sueños igualito que al niño. Esta desmitificación del poder absoluto de los adultos, o de la condición intocable de éstos, puede resultar bastante alentadora para un pequeño.

Otro momento importante de la historia (si pensamos en el niño pequeño lector) es cuando el padre regresa a su cama asustado por la pesadilla y pide que lo dejen dormir con ellos:

—¿Una cama para tres? Si tú siempre has repetido que es una incomodidad...

—¿Yo siempre lo he repetido?... Pero ¡qué barbaridad!... Esta cama es gigantesca. Aquí caben tres ... o más.

Darse cuenta de que el padre no sólo reconoce su miedo, sino que, además, puede ser flexible frente a una regla impuesta por él mismo, puede equivocarse y puede vivir “en carne propia” lo que acaba de vivir el niño, es una manera de acercar, a ese ser adulto idealizado, a su propia condición; es una manera de humanizarlo.

Finalmente, otro momento importante para el niño es encontrar al dragón en el cuarto de los padres, pensando en la posibilidad de acomodarse entre los tres. En la última página encontramos, en una ilustración que ocupa esa página y la contracarátula, a los cuatro durmiendo plácidamente. El dragón ha dejado de ser ese personaje terrible a quien todos tienen miedo, ha dejado de ser una pesadilla para pasar a convertirse en un compañero más de sueño. No es gratuito que el dragón duerma con su brazo derecho sobre el hombro de Andrés y tomándole la mano izquierda.

Es una historia escrita con frases cortas, teniendo en cuenta a ese pequeño lector-escucha que comienza a adentrarse en el lenguaje literario. Algunas veces va en verso y otras no, sin que al lector le quede muy claro qué tan deliberado es este manejo irregular, lo que de todas maneras no perjudica demasiado la historia.

Pero no podemos afirmar que estamos frente a un texto simple. Al

contrario, de una manera sutil hay varios momentos en que la historia hace referencia a otros textos, introduciendo el recurso de la intertextualidad de una manera acorde con el bagaje que pueda tener un lector que apenas se inicia. Además, esta intertextualidad utiliza el recurso de la actualización de un cuento tradicional. Es el caso de la lista que hace la mamá de lo que llevaba Caperucita en la cesta: no son sólo tortas y galletas, como en el cuento original, sino que —en un acto de modernización y actualización— introduce también jabón de platos, estropajo, sal, pimienta, nuez moscada, todo comprado en el supermercado.

Las ilustraciones de *Una cama para tres* no son un simple acompañamiento del texto. Por el contrario, hay una propuesta narrativa muy coherente y completa que permite hacer una doble lectura. El niño que aún no descifra el código escrito puede perfectamente leer y disfrutar este libro siguiendo solamente las ilustraciones. Éstas están hechas con el estilo característico de Ivar Da Coll: personajes expresivos, dibujados con pocas líneas, redondeados, más bien mullidos. En un trabajo de colores fuertes y plumilla para la trama, las sombras, el pelo y las texturas, logra una propuesta visual acogedora y tierna para los pequeños lectores. No hay exceso de detalles en este libro de Da Coll; sólo los elementos suficientes para ambientar. Por ejemplo, en la escena en que la mamá le está leyendo a Andrés un cuento en la cama, ella aparece sentada en el borde, rodeándole el cuello con su brazo; tiene en la otra mano un libro con la carátula de Caperucita Roja. Hay una mesa de noche, una lámpara y una taza, sugiriendo quizá la bebida de lechuga y manzana que le preparan a Andrés todas las noches tratando de que duerma. El edredón de su cama es azul con medias lunas amarillas. Eso es todo. Lo suficiente para enterarnos de lo que pasa.

Hay, además, un manejo expresivo de la luz y la oscuridad relacionado con el sentido de la historia. Por ejemplo, cuando la mamá de Andrés decide, ya agotada, irse y dejarlo solo

para que duerma, los colores son oscuros, entre tonos azules y cafés, de tal manera que presagian lo que viene: la aparición del dragón y el pánico de Andrés.

Otro elemento que enriquece muchísimo la propuesta en cuanto a ilustración es el manejo de “planos” diferentes, de acuerdo con lo que se quiere resaltar. Por ejemplo, cuando el texto habla de que Andrés recorría con el cepillo todos los dientes hasta quedar relucientes, lo que vemos es en un primerísimo plano el tubo de la crema dental sobre el cepillo. De igual manera, en la página siguiente encontramos a Andrés en un primer plano revolviendo la sopa con la cuchara.



Da Coll introduce también aspectos propios del lenguaje de la tira cómica, los cuales inician al pequeño lector en un código que podrá reconocer más adelante cuando avance en su formación lectora. Es el caso del “globo” propio de los pensamientos o los diálogos en la tira cómica y que aquí aparece cuando la mamá está enumerando todo lo que llevaba Caperucita en la canasta para su abuelita. En lugar de texto dentro del globo encontramos dibujos de los huevos, la gallina, la mantequilla, la harina y hasta el jabón para los platos.

Generalmente los libros ilustrados corresponden a una categoría que en inglés se ha denominado *picture book*, término más exacto que el utilizado en español, *libro álbum*, y esto se debe quizá a que fueron ellos los inventores e iniciadores de este nuevo género en el que se involucran de

manera armónica y desde el comienzo de la creación el texto y la imagen. Este tipo de libros generalmente lo hace un solo artista, quien trabaja la historia desde el comienzo en ambos lenguajes. No es el caso de *Una cama para tres*, en el que autora e ilustrador son diferentes. Sin embargo, cabe anotar que logran un trabajo bien coordinado en el que hay un diálogo entre los dos lenguajes que enriquece la propuesta como obra total.

En este caso, tanto la autora como el ilustrador, tienen una amplia trayectoria en la creación de libros para niños y jóvenes y logran aunar sus voces en un libro que seguramente apreciarán muchísimo los pequeños lectores.

BEATRIZ
HELENA ROBLEDO

¿Por qué mataron al caimán?

El caimán soñador

Arturo Alape

(ilustraciones: Patricia Acosta)

Editorial Panamericana, Bogotá, 2003, 38 págs.

Fue una sorpresa encontrarnos en la librería con un libro para niños escrito por Arturo Alape. No porque él no tenga derecho a escribir para niños, ¡ni más faltaba!, sino porque Alape es conocido por sus investigaciones y textos sobre temas duros, difíciles y muy, muy reales, como es el de la violencia en este país. Textos como *El bogotazo*, *memoria del olvido*, o *La paz, la violencia, testigos de excepción*, *Las muertes de Tirofijo*, *El diario de un guerrillero*, o los libros de cuentos como *La bola del monte*, o *El cadáver de los hombres invisibles*, no sólo lo han especializado en un tema bastante fuerte y, sobre todo, propio del mundo de los adultos, sino que, en apariencia, lo alejan de la exploración del universo propiamente infantil.

Quizá porque *El caimán soñador* parece una excepción —al menos, a primera vista— en la trayectoria de este escritor, fue que decidimos leerlo y reseñarlo.

Cuando se transita por el mundo de los libros para niños, una de las “garantías” primeras que ofrece un texto —de entrada— es la trayectoria de la escritura para los niños del autor o autora. Aunque algunas veces falle la hipótesis, eso no invalida la regla. Escribir para niños, y sobre todo para los pequeños lectores, requiere, no sólo escribir bien —es decir, ser un auténtico escritor de literatura—, sino también conocer el universo de los niños y de los libros para niños.

La literatura infantil ha desarrollado en los últimos años una estética y una teoría que le son propias y que ponen mucho énfasis en ese lector implícito que hay en cada texto literario que esté dirigido a los niños. Y ponen énfasis también en la importancia que tiene para el niño la experiencia literaria. Si esto no está claro, sucede que uno se encuentra muchos libros para niños plagados de buenas intenciones pero llenos de mensajes ecológicos, moralistas, didácticos; o se encuentran textos escritos de manera muy rebuscada, con exceso de adjetivos, o con una sintaxis tan al revés, que alejan a ese pequeño lector, que no sólo está comenzando a acumular experiencia de vida, sino, y sobre todo, está comenzando a tener un bagaje literario.

Esto no quiere decir que la literatura infantil tenga que ser pobre o simple, o que los niños no comprendan la metáfora —al contrario, su percepción es bastante metafórica—, pero sí debe cuidarse el manejo de un lenguaje, de una sintaxis y de una gramática que estén a su alcance. También es importante que esta literatura demuestre un conocimiento del universo emocional, psicológico e imaginario del niño lector.

Frente a la hipótesis inicial, podemos decir que *El caimán soñador* comienza bien y en el desarrollo de la historia logra acercarse, hasta cierto punto, al mundo del niño.